

I  
RISAS Y DESVÍOS

## Redondillas a los Boy Scouts

A la memoria de Gabriela Mistral

Nostálgico de la guerra,  
Baden Powell padecía  
la insufrible compañía  
de las locas de Inglaterra.

Comenzaba a envejecer,  
con todas se había acostado  
y ninguna le había dado  
ni un minuto de placer.

Necesito carne fresca,  
reflexionó el general  
que de joven fue triunfal  
reina de la soldadesca.

O encuentro con quién coger  
o de tanta calentura  
cometeré la locura  
de tirarme a una mujer.

Así pensaba, contrito,  
cuando dispuso el destino  
que su adorable sobrino  
le pidiera caballito.

Apenas puso el infante  
las nalgas en su rodilla,  
sintió la dulce cosquilla  
de una erección fulminante.

¡Dios, cuánto quiero a la infancia!  
se dijo el viejo al tapar  
con su gorra militar  
aquella protuberancia.

Calcinado en los ardores  
de su nueva vocación,  
organizó un pelotón  
de niños exploradores.

Los vistió como solía  
vestirlo a él su niñera:  
la borla en la tobillera  
fue un toque de jotería.

No hay actividad más sana  
—dijo a padres y tutores—  
que pasear entre las flores  
cuando asoma la mañana.

Nada es más puro y viril  
que acampar junto a los ríos.

Entregadme a vuestros críos,  
tengo cupo para mil.

En su primer campamento  
acarició tantas piernas  
blancas, lampiñas y tiernas  
que se murió de contento.

Mas no murió su pasión:  
la cruzada exploradora  
de la madre superiora  
se extendió por la nación.

Y de la nación al mundo:  
cayeron nuevos reclutas  
y el ejército de putas  
tuvo un éxito rotundo.

Baden Powell todavía  
desde su eterna morada  
expele una carcajada,  
cuando, al despuntar el día,

sus infantiles rebaños  
salen a explorar mesetas,  
y a que exploren sus braguetas  
niños de 36 años.

## Amor sin alma

La ofensiva conservadora que en los últimos años ha intentado restringir la libertad sexual de los jóvenes — como si no tuvieran bastante con la amenaza del SIDA—, se propone resucitar una vieja y superada idea del amor, fundada en la separación del cuerpo y el alma. Desde sus púlpitos editoriales, televisivos y radiofónicos, los ideólogos de la castración esgrimen la idea de que la promiscuidad supone la muerte del alma, y por consecuencia, una degradación de la persona humana. En algunos pasajes de *La llama doble*, Octavio Paz adopta esa postura y somete a juicio las conquistas eróticas de la sociedad moderna: “La licencia sexual, la moral permisiva —dice— han degradado a Eros, han corrompido la imaginación humana, han resecaado las sensibilidades y han hecho de la libertad sexual la máscara de la esclavitud de los cuerpos.” Aunque Paz se apresura a aclarar que no pide un regreso a la “odiosa moral de las prohibiciones y los castigos”, y encuadra su condena en una reflexión más vasta sobre la naturaleza del amor, su virulento ataque a la moral permisiva de nuestra época (que está muy lejos de haber triunfado en el mundo

moderno, incluyendo a las naciones ricas de Occidente) es un alegato indirecto a favor de la represión sexual, ya sea voluntaria o impuesta por la sociedad.

A mi modo de ver, Paz tiene razón cuando augura la muerte del alma, un concepto vacío de significado para la gran mayoría de la juventud actual, pero se equivoca al desprender de ahí que también está en crisis la idea del amor. ¿Acaso no puede surgir y está surgiendo ya un amor desalmado, un amor que empieza y termina en el cuerpo, pero eleva al hombre tanto como el amor cortés o el amor platónico? Desde los felices años 20, una década de euforia sexual que algunos historiadores de la cultura han comparado con los años 60, el modernista brasileño Manuel Bandeira se declaró partidario del amor sin alma. En radical oposición a Paz, Bandeira aconsejaba: “Si quieres sentir la felicidad de amar, olvida tu alma, el alma es lo que estropea el amor. Sólo en Dios puede encontrar satisfacción, no en otra alma. Las almas son incomunicables. Deja a tu cuerpo entenderse con otro cuerpo, porque los cuerpos se entienden, pero las almas no.”

Ni Bandeira ni millones de jóvenes indiferentes a las encíclicas de Juan Pablo II creen que la defunción del alma sea una tragedia. Tampoco un obstáculo para amar. En realidad, lo que Paz califica regañonamente de sensibilidad reseca es una sensibilidad nueva, tan combustible y propensa al amor como la sensibilidad romántica, pero enemiga del lenguaje sensiblero, de las pasiones declarativas y de la retórica trascendental. Un diálogo de la película *Amantes*, soberbia historia de amor dirigida por el español Vicente Aranda, ejemplifica este cambio de actitud:

—Dime que me quieres —pide Victoria Abril a su galán Jorge Sanz.

—Te quiero.

—Así no —protesta Victoria, acariciando el sexo de su amante—. Yo quiero que me lo digas con ésta.

Si en la actualidad, por el desgaste de palabras como alma, corazón y espíritu, un juramento de amor significa mucho menos que una erección, eso no quiere decir que la animalidad haya desplazado al afecto. Al contrario: el afecto es tan fuerte que ha enmudecido. Y gracias a la moral permisiva, que permite pasar de una pareja a otra cuando se extingue el amor, la llama erótica puede alumbrar mucho más que en tiempos de nuestros abuelos, cuando el matrimonio era una prisión perpetua o un prolongado bostezo.

Es verdad que la modernidad “ha desacralizado el cuerpo y la publicidad lo ha utilizado como un instrumento de propaganda”, como dice Paz, pero no hay razón alguna para culpar de esos males a la libertad sexual. En todo caso, el auge de la pornografía y el uso del cuerpo humano como imán comercial indican a las claras que vivimos una época de miseria sexual, pues quien tiene cuerpos a su alcance no se conforma con espejismos. La pornografía se nutre de la represión y del miedo a los cuerpos, no del libertinaje. Y aunque la moral judeocristiana la condene de dientes para afuera, en el fondo le complace que el hombre se entregue a la contemplación de imágenes obscenas, mientras no intente ser el actor de su propia orgía. Tanto en el cielo como en la tierra, el único placer que tolera la religión católica es el placer visual. De ahí la semejanza entre los

aficionados a los *peep shows* y las almas que habitan el paraíso de Dante: unos contemplan cuerpos humanos, otros la luz emanada por la esencia divina, pero en ambos casos está prohibido tocar.



## El adulterio virtual

Desde que tengo la costumbre de leer en el excusado, la revista *Cosmopolitan* me ha brindado un placer que no sabría si calificar de intelectual o intestinal. Se trata de la publicación más audaz y moderna en su género, dirigida a la treintañera de posición económica holgada, que añora la libertad sexual de su juventud, pero no se atreve a cometer adulterio. *Kena* o *Vanidades* tienen un público de fodongas en estado vegetativo, ávidas de chismes sobre el espectáculo y consejos prácticos de belleza, que se dedican al tejido, a la repostería y al cuidado de los hijos, mientras ven telenovelas entre bostezos. La lectora de *Cosmopolitan* todavía no se resigna al tedio conyugal. Sus diarias sesiones de gimnasio en medio de galanes apolíneos le dejan la cabeza llena de lubricidades, pero antepone a la calentura su sentido práctico. Si algo la refrena de ponerle los cuernos al marido no son los escrúpulos morales, que la revista pasa por alto con un cinismo ejemplar, sino el miedo a perder el teléfono celular, la tarjeta de crédito, el chofer que la espera a la salida de Perisur. Como buena representante de lo que T. S. Eliot llamaba “una época de virtudes y vicios mo-

derados”, desearía conjugar la disposición con el orden, complacer a la puta que lleva dentro sin poner en peligro su matrimonio. ¿Pero cómo excitarse con el esposo barrigón y calvo que llega borracho a las tres de la mañana, la penetra con rudeza, y luego de una rápida eyaculación se queda roncando como un verraco? ¿Cómo serle infiel sin perder su *status* de mujer triunfadora?

La alternativa que propone *Cosmopolitan* es el adulterio virtual. Entre los viejos números que conservo apilados junto a la taza del baño, entre mis colecciones de *Vuelta* y *Nexos*, encontré hace poco una apología de la infidelidad *in mente* firmada por la doctora Nancy Kalish: “Algunas mujeres piensan que si tienen fantasías con otro hombre mientras copulan con su pareja, es como si lo engañaran —advierte la Kalish, o el joto escondido tras el seudónimo—. Pero están equivocadas: las fantasías tienen el poder de excitarte, no de hacerte actuar. Que tengas curiosidad por saber lo que sentirías si tu jefe te amarrara a su butaca y te obligara a servirle como una esclava sexual, no quiere decir que de veras te gustaría verte en esa situación. No hay que preocuparse por esto, ya que lo único que hace tu mente es jugar.”

O veo moros con tranchetes, o la doctora Kalish recomienda la perversidad autocontenida que Buñuel ridiculizó en *Belle de jour*. Pero si Catherine Deneuve se abandonaba a sus fantasías masocas para obtener un discreto placer solitario, *Cosmopolitan* va más allá y propone convertir la evasión erótica en salvaguarda del matrimonio. Con el adulterio virtual no sólo la esposa sale ganando: también el marido, que se envanece por su aparente virilidad y presume en las cantinas de llevar a su mujer hasta el paroxismo, sin sospechar que la muy

ladina está cogiendo con Luis Miguel. La práctica del cuerno imaginario tiene hasta su lado romántico, porque la Chica Cosmo no piensa en otro por depravada, sino para que su gordo esté contento y la quiera más. ¿Puede concebirse mayor abnegación, mayor desprendimiento en aras de la pareja?

En realidad, el subterfugio “descubierto” por la doctora Kalish tiene la misma antigüedad de la monogamia y no es privativo de las mujeres, ya que el hombre tampoco suele concentrarse en la mujer que tiene en los brazos. O bien cambia a su esposa por una fantasía cachonda o emplea la conocida táctica de pensar en un perro muerto para retrasar la eyaculación. La destreza sexual exige cierta capacidad de ausencia; tal vez los mejores amantes son los que hacen el amor distraídos. Pero en la era televisiva, la dictadura de la imagen ha despersonalizado el sexo hasta convertirlo en un acto de ilusionismo. ¿Quién está copulando cuando una pareja tiene que recurrir a fantasmas para excitarse a trasmano? ¿Los amantes de carne y hueso o los dobles encargados de hacer el trabajo sucio? En apariencia, el engañador que reduce a su pareja a la condición de sombra obtiene la mezquina satisfacción de haberle tomado el pelo. Pero quizá le salga el tiro por la culata. Espectador de un coito donde sólo participa a medias, el amante desposeído del cuerpo que toca se contagia de la misma irrealidad y sólo puede aspirar a una posesión ilusoria, a un descarnado efecto visual. Si para muchos el erotismo consiste ya en eludir a la persona con que se acuestan, cuando se invente un equipo de multimedia encargado de simular acoplamientos entre seres distantes, el arte del fornicio quedará archivado en la zona roja del limbo.

El pragmatismo de *Cosmopolitan* no deja lugar a lamentaciones sobre el desencuentro de la pareja contemporánea, pero el consejo servicial y aparentemente inofensivo de la doctora Kalish tiene una contrapartida sombría en la narrativa de Raymond Carver, quizá el crítico más agudo de la pareja moderna, y el que mejor ha observado su necesidad de desdoblamiento. El desasosiego que nos deja un cuento como “Vecinos”, donde un matrimonio alcanza el éxtasis al cuidar el departamento de otra pareja que ha salido de viaje, consiste en vislumbrar que no sólo a la hora del orgasmo, sino en todo momento, la mayor aspiración del hombre moderno es anularse como persona y escapar de su propia vida. Por distintas vías, Carver y las más frívolas observadoras de la realidad conyugal han detectado que en la sociedad moderna, el más alto grado de individualismo conlleva el más alto grado de insignificancia. El ser humano de fin de milenio es un ente que no piensa con su cerebro ni hace el amor con su cuerpo, un minusválido emocional aplastado por las imágenes y las cosas. Cambia de personalidad con sólo apretar el selector de canales, depende de otros para excitarse, para soñar, para tener pesadillas y cuando se permite un pequeño conato de rebeldía, nunca falta una doctora Kalish que le administra un calmante y le susurra al oído: “No ha pasado nada, todo es un juego.”

Pero basta de rollo. Es hora de jalar la cadena.

## Travestismo lingüístico

Hay palabras que a un tiempo visten y desnudan: las que tomamos prestadas del sexo opuesto para escapar de nuestro asfixiante gueto lingüístico. La creatividad vence a la rigidez y el espíritu lúdico a la disciplina cada vez que alguien se permite un respiro de indefinición sexual. En una sociedad como la nuestra, compuesta de hombres hombrunos y mujeres afeminadas, la inversión genérica es una catarsis de primera necesidad. Cuando los hombres hablamos en femenino —hasta el macho más atravesado tiene sus crisis de ajotamiento nervioso— advertimos cuánta falsedad hay en el habla masculina y hasta qué punto hemos caricaturizado nuestra hombría. El joteo contrarresta la exageración histriónica de lo masculino, limpia nuestro léxico de asperezas y nos permite sostener, con el tejido sobre las rodillas, una verdadera y natural conversación de hombre a hombre.

La modalidad sexual de un idioma sólo existe como reflejo de la modalidad social que nos obligan a respetar desde la infancia. En una de sus brillantes y amenas clases de español, el lingüista Raúl Ávila ponía como ejemplo de lo anterior un experimento realizado

por él mismo con niños y niñas de cinco años a los que preguntó qué hacían al amarrarse las agujetas: ¿un nudo o un moño? A esa edad muchos de los niños eran partidarios del coqueto moño y un alto porcentaje de niñas se inclinaba por el recio nudo. Tres años después les repitió la prueba, cuando ya tenían conciencia de pertenecer a un grupo lingüístico. El resultado fue conster-nante: el 99% de los encuestados había sucumbido al prejuicio arbitrario que asocia el moño con lo mujerial y el nudo con lo masculino.

La represión social del hablante se agrava en la adolescencia, constriñéndonos a un dialecto sectario que dificulta la comunicación franca entre hombres y mujeres. Pero en algún rincón de la memoria guardamos el recuerdo de la época en que podíamos hablar sin cortapisas intimidatorias, y ese recuerdo puede conducirnos a una liberación. Las mujeres marchan a la vanguardia en la lucha por abolir las diferencias lingüísticas entre los sexos. Han adoptado con desparpajo admirable los ríspidos piropos masculinos y ya no tienen reparo en decir que un hombre está muy bueno y que se lo quieren coger. Los hombres avanzamos despacio, pero con paso firme y decidido. Resulta esperanzador que incluso en campos donde impera el machismo más recalcitrante (el box, la política, el fútbol) haya brotes de rebelión andrógina y travestismo suicida. Peleadores como Humberto *La Chiquita* González, líderes sindicales como *La Güera* Rodríguez Alcaine, mediocampistas como Rubén *La Pina* Arellano —por citar a los más conocidos mártires de la onomástica— están haciendo un sacrificio invaluable que redundará en beneficio de las futuras generaciones.

Se acercan los días en que un niño podrá llamarse Marisol y una niña Ernesto. Los padres que disfruten ese paraíso verbal harán combinaciones insólitas al escoger los nombres de sus hijos: Amalia Javier, Juan Manuela, Jessica Huberto, Carlos Gertrudis. Cuando el vocabulario deje de ser una camisa de fuerza, perderán atractivo los pasatiempos menos imaginativos del habla *gay*, como decirlo todo con la *i* (quí bírbiri) o feminizar las terminaciones masculinas (dame la mana, préstame tu libra, etc.). En vez de jugar a los piquetes de culo, nuestros mecánicos y hojalateros sublimarán su homosexualidad llamando papacitas a las muchachas que pasan por la banqueta. Cualquier hombre demasiado tieso, cualquier mujer demasiado frágil, será objeto de un repudio semejante al que hoy padecen vestidas y marimachos. Un lenguaje hermafrodita que reflejara los vaivenes de la sexualidad humana reconciliaría al hombre con la mujer, al nudo con el moño y a las palabras con su naturaleza ambigua.

## Machismo torcido

Ningún estudio sobre la psique del mexicano puede ignorar los conflictos y desvelos que le ocasiona la fama pública de su trasero. En la difícil y muchas veces heroica defensa de su retaguardia, los principales enemigos del macho azteca no son los homosexuales, que por lo general, salvo en casos de temeridad indómita, evitan seducir a los bugas de tiempo completo, sino otros machos igualmente obsesivos, los amigotes de la cantina, la fábrica o el taller mecánico, enfrascados de por vida en un juego de ingenio, el albur, que consiste en sodomizar verbalmente al adversario, enredándolo con frases de doble sentido para hacerlo aparecer ante los demás como víctima de una penetración.

El albur, nuestro deporte nacional con mayor número de adeptos, por encima de la lucha libre y el futbol, exige una fe infantil en el poder mágico de las palabras, y al mismo tiempo, una enfermiza preocupación por la fragilidad de la hombría. Para el mecánico trenzado en un duelo de albures, “El Chico Temido de la Vecindad”, la “Tela de Juir” y el “Coyote Cojo”, más que retruécanos de significado obsceno, son armas